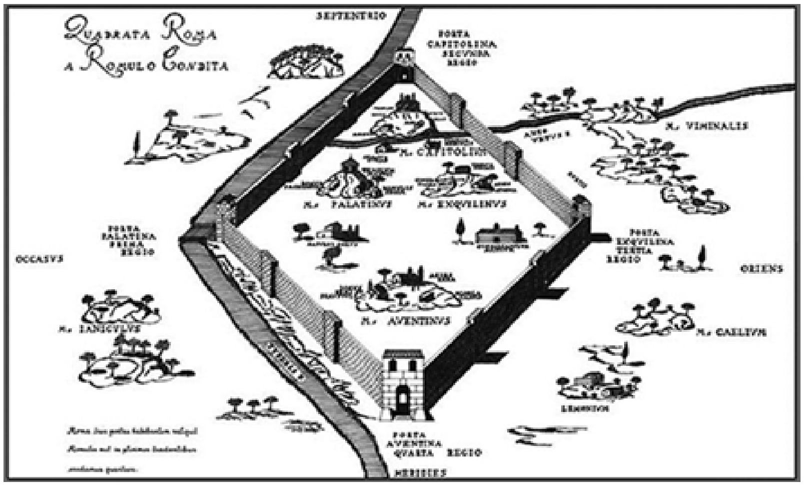
CARLOS A. DISANDRO

CAÍDA Y TRASIEGO DEL IMPERIO ROMANO [1]

(De la revista *CAPUT ANGULI* Nº 2, 1979, órgano de los Institutos de Cultura Clásica "Cardenal Cisneros", La Plata y Leopoldo Lugones", Buenos Aires)



Proemio

Al rememorar aquellos vastos acontecimientos del siglo V, al reconstruirlos en un siglo de tempestuosas reversiones y trágicas caducidades, creo oportuno señalar y leer aquel párrafo del testamento espiritual de Augusto, según Suetonio [2]. El párrafo dice así en su inconmovible latín lapidario y solemne:

> *Ita mihi salvam ac sospitem rempublicam sistere in sua sede liceat, atque eius rei fructum percipere, quem peto: ut optimi status auctor dicar et moriens ut feram mecum spem, mansura in vestigio suo fundamenta reipublicae quae iecero,* [3]

Por feliz coincidencia estamos recordando estos acontecimientos en septiembre de 1976, mes del nacimiento de Augusto (23 de septiembre del año 63 a.C.), fecha que los romanos recordaron siempre con veneración, como si en su figura hubiera acaecido la última *kratophanía*, que fundaba con vínculo inviolable la esperanza de una paz, hija de *fides, pietas* y *pudor*. Por otra recurrencia no menos significativa, se ha cumplido en estos años, el bimilenario de la instauración del *princeps rei publicae*, como Augustus, por decisión del Senado, el 16 de enero del año 27 a. C., fecha que según los más ilustres historiadores puede considerarse la del nacimiento del Imperio.

No sin algún designio acontecen estas misteriosas resonancias en tiempos oscuros, no sin recónditas respuestas reavívanse eventos abolidos, que ahora pasan ante nuestros ojos como magnos tiempos de figuras extraordinarias y densas. En estas coyunturas un solo deseo brota de nuestra alma conmovida por el recuerdo de aquel Grande de la Historia Universal, cuya obra ha seguido viviente en medio de tempestades insólitas y sangrientas. Que en la sagrada sombra de los Campos Elíseos contemple la sucesión incontaminada de aquel *condere* romano, que es testimonio de la más alta humanidad, y que su sacra testa coronada presida en medio de la lumbre indeficiente el cortejo de quienes hicieron a los hombres más hombres, a los dioses más dioses, a las urbes más propicias para la espera de Dios.

---

[1] Texto de la conferencia leída en el *IV Symposium Nacional de Estudios Clásicos,* Resistencia (Chaco), Argentina, el 20.9.1976; repetida en el Instituto de Cultura Clásica, Buenos Aires, el 27.11.1976; y finalmente en la *V Semana de Estudios Romanos,* Viña del Mar, Chile, el 26.8.1977.

[2] Cf. SUETONI, *de vita Caesarum.* Lib. II. *Divus Augustus,* cap. XXVIII. Ed. Rolfe, Heinemann 1951.

[3] Es decir: Que me sea posible instalar en su cimiento, salvo e íntegro, el Estado Romano, y conseguir el fruto de aquella realidad que anhelo: ser llamado creador de la óptima constitución política, y que al morir lleve conmigo la esperanza de que habrán de permanecer en su sitio aquellos fundamentos del Estado que habré de establecer.

1

Para el caso de los grandes acontecimientos históricos las fechas son naturalmente convencionales. Indican más bien simbólicamente lo que ha tenido ulterior manifestación contrastante o completiva, lo que ha muerto, lo que surge por inextricable maduración de las acciones o de los trasfondos espirituales que las condicionan. Sin embargo, "simbólicamente" quiere decir que de un cierto modo real, premonitorio o alusivo, adviene un signo temporal, cargado de un sentido más vasto que el mero acontecer mostrenco rememorado en la fecha. Tales presunciones valorativas esplenden, de modo notable sin lugar a dudas, en ese año 476, que en nuestra cronología histórica tenemos por el momento en que muere el Imperio Romano de Occidente, caída ya acelerada desde los días del emperador Honorio. Esas presunciones además contrastan con refulgencias recapitulatorias en este décimo quinto centenario, que contempla una vez más el abismo de la disolución de Occidente, o para decirlo en forma de mayor resonancia espiritual, que contempla el último lapso de la disolución del orden romano, en el que estamos inscriptos y cuyos testigos somos en esta magna y dramática confrontación. El reexamen del año 476 nos obliga a recapitular el contexto histórico, en cuyas tensiones poderosas y trágicas aconteció el gesto de Odoacro y su ulterior repercusión en el mundo romano; y a su vez la experiencia acumulada hasta este décimo quinto centenario, nos incita a escrutar las coronaciones o los abismos de los tiempos para discernir la ruta de una conciencia histórica que nos enfrenta a una recurrencia destructiva, a una esclavitud sin precedentes, y que nos urge a í madurar decisiones según una sola alternativa: crear o perecer. El recuerdo pues de este XV centenario se torna denso tanto en la interpretación de la Historia Universal, cuanto en la lumbre que hoy recorta las mismas sombras sobrecogedoras que en el siglo V: otra vez la imagen de las ruinas, el pillaje y la sangre, otra vez el desvalido tiempo de los hombres sin refugio, sin ley y sin costumbre; otra vez una tempestad que abate y que parece imponer la angustia y el abandono como única sustancia de un trágico desglose. Vale la pena pues intentar una reflexión comprensiva e interiorizadora, un reexamen del símbolo y su despliegue, una mirada a la entraña profunda de los tiempos, que espejan como siempre el misterio de la terribilidad del hombre. Tal es por otra parte la misión del humanista, recapitular ese misterio; y del humanismo, darle eficacia pedagógica. Sin esto no tiene sentido el saber de la antigüedad.

De cualquier modo en el año 476 acontece el gesto de Odoacro que es como símbolo de la caída del Imperio. Desde los conflictos que suscita la figura de Estilicón, y desde su muerte trágica en el año 408, hasta las disensiones que nos conducen setenta años después a la figura de Odoacro, se ha producido una creciente interrelación de romanismo y germanismo, con consecuencias fundamentales para lo que llamo trasiego, como contraparte de la caída. Ahora bien, el 23 de agosto del año 476, Odoacro es proclamado "rey" (*rex*), por sus soldados: ello significa la deposición del último imperator, que curiosa y simbólicamente lleva el nombre de Romulus Augustulus; y además en el espacio occidental del imperio, por aquella proclama, ha acontecido la exclusión de la magistratura o *dignatio Caesaris*, que inviste el *imperium*, en sentido estricto. Como rey en el marco del *dominio romane*, confrontado y sacudido por las presiones germánicas, Odoacro asume la regencia en nombre del César de Oriente, el único que subsistirá entonces con el título pleno y total. Odoacro es como dice Johannes Straub un *Verweser*, que iguala a Roma a todos los conglomerados romano-germánicos en la vastedad del imperio muriente. Una embajada del senado romano, por exigencia de Odoacro comunica a Zenón, emperador y César del oriente que Roma y su contorno occidental no precisan ya su propio César, que un solo *dominus Caesar* basta para las dos mitades del Imperio. Como signo de esta voluntad de disolución histórico-política, las insignias del César occidental son remitidas a Constantinopla y entregadas a Zenón. Desde la batalla de Accio hasta los tiempos turbulentos de Odoacro y sus conmilitones, habíanse completado cinco siglos de grandeza fundacional, según la culminación del *Imperium*, y éste en cierto modo resultaba abolido, en cuanto Roma no era ya *caput mundi*, no podía otorgar a los demás hombres la voluntad de *condere* y *tueri*, como regencia de los dioses. Si Odoacro era *Verweser* de Constantinopla, Roma no podía ser *magna parens hominum*, como *Verweserin* de Júpiter Optimo Máximo. Había llegado el crepúsculo de Roma, ¿qué pasaría con el mundo?

Para destacar la ambivalencia de este fiesta recapitulemos unas páginas de un historiador moderno,

que dice así [4]:

> "El éxito de Odoacro no quiere decir sin embargo la erección absolutamente independiente de un reino teutónico en Italia, o la total extinción del imperio romano en occidente, ni tampoco indica el comienzo de una nueva era, tal como acontece con la coronación de Carlomagno en el año 800. Sin duda hay un hecho importante: después del año 476 no hubo emperador de occidente, precisamente hasta ese año 800, y se debe admitir que la ausencia de un emperador autónomo para la mitad occidental afectó igualmente la historia de los pueblos teutónicos y el desarrollo del pontificado romano, durante esas tres centurias, entre los años 476 V 800. Pero la ausencia de un emperador autónomo en Roma no significa la caducidad del imperio mismo en el oeste. El imperio ha existido siempre y siempre ha continuado siendo en teoría uno e indivisible (...) Zenón es ahora, en el año 476, el único gobernante del imperio y a él Odoacro le envía las insignias imperiales, pero pide en cambio el título tradicional de *patricius*, para legalizar su posición dentro de los estamentos oficiales del imperio (...) Después de todo sin embargo Odoacro ha investido el título de *Rex*, ha sido exaltado al poder sobre los escudos de los guerreros germánicos. De facto pues es rey de Italia. Resulta entonces una figura con rasgos de Jano: y si es verdad que mira al pasado, no debemos olvidar que también se orienta al futuro. Debemos insistir que el imperio permanece en occidente después del año 476; pero también debemos subrayar que ha cesado todo vestigio de un emperador de occidente (...) Odoacro es un conmilitón de Euríco y Genserico, y cuando recordamos que en el año 476 los tres gobiernan respectivamente Galia, Africa e Italia no podemos discutir demasiado las palabras de Marcelino: *Hesperium Romanae gentis Imperium cum hoc Augustulo periit* (...) *Gothorum dehinc regibus Romam tenentibus*."

Hasta aquí E. BARKER: curiosa capitulación de un historiador moderno ante un viejo cronista.

Esta es la sustancia de los hechos, que como símbolo complejo reúne los vastos aledaños del pasado itálico-romano y las vastas remociones que se han sucedido hasta hoy. En el designio de Odoacro queda abolida la *dignatio Caesaris* en Occidente, y en eso radica la profundidad de la caída. Pero adviene al mismo tiempo el espíritu promotor para otra organicidad histórica, que se encamina a ser Europa, a reconstruir las instancias de la Historia Universal según la destinación (*Bestimmung*) de las naciones, salidas de la cepa romana; ellas resultan ahora un término contrastante respecto de aquella *unam patriam*, que canta Rutilio: *fecisti patriam diversis gentibus unam* [5]. Y ese contraste responde a lo que llamo trasiego, más profundo que la mera herencia, más dinámico que el mero recuerdo histórico, y en fin más decisivo que las ruinas! acumuladas en quince siglos dramáticos.

A su vez desde San Agustín, a la reflexión contemporánea, la caída del Imperio, entendida como catástrofe de una cultura, ha suscitado contrapuestas concepciones y contrapuestos requerimientos de las causas profundas, y por lo mismo diversas reconstrucciones semánticas de la totalidad del Imperio.
Desde GIBBON a ROSTOVTZEFF, o a los historiadores más recientes como Otto SEECK, ENSSLIN, STRAUB se suceden las descripciones y los juicios, se extreman las configuraciones temáticas que se erigen en centros de recapitulación total, se exaltan o se abaten las figuras más dispares, se subrayan o relegan circunstancias contradictorias. Es el signo de la precariedad del conocimiento histórico, pero también la impronta compleja del fenómeno, en cuyos últimos fulgores tal vez nos encontramos. Y para adensar aún más la complejidad del contorno y el claroscuro de un misterio compartido en la existencia histórica, suscitase a propósito del Imperio Romano, en su erguida entidad constructora, o en la melancólica ruina que lo signa para siempre, lo que podríamos llamar un debate teológico de escondidas y profundas resonancias en todo el vasto cuerpo del Occidente en vigilia. Pues el tema de Evangelio y Estado, de Iglesia e Imperio, de ciudad terrena y ciudad celeste, de misericordia y poder, de sacerdocio y realeza, de pan del espíritu y pan cotidiano, cruza todos los estamentos occidentales desde Constantino hasta ahora, v sacude quizá hoy más que nunca el velamen de todos los barcos interpuestos en esta odisea del espíritu: el de la antigua Roma y su imperio misterioso, el de Constantino, *episkopos ton ektós*, (obispo de los de afuera) y el de su conciencia cristiana, el de Roma entre las naciones como

---

[4] Ernst BARKER, en la *Cambridge Medieval History*, vol. 1, cap. XIV, pág. 431. En cuanto al famoso cronista *Marcellinus Comes* (s. VI), cf. en el apéndice bibl. de la misma *Historia* la sección *Fuentes*. Cf. además el trabajo de Wilhelm ENSSLIN, *Das Römerreich unter germanischer Waltung, von Stilicho bis Theodorich*, en *Das Neue Bild der Antike* (I).

[5] Una sola patria hiciste de muy diversos pueblos.

en un exilio de su destino imperial. Este debate teológico se ha enardecido en los últimos veinte años y ha refluido como es natural en una reinterpretación de aquellos magnos acontecimientos.

2

He trazado en rapidísimo trazo lo que podría ser un marco sorprendente y enigmático, donde interfieren y se coaligan misteriosas instancias que despiertan todavía preguntas sobrecogedoras. Pretendo solamente revivir, en una (intuición comprensiva, el arcano del poder sacro de Roma, abatido para que reanude su (marcha el designio de una historia universal, cuya aurora remotísima es precisamente la fundación de Roma y cuya segunda fase se inicia con la caída de Roma.

Para ceñir la meditación a términos tolerables examinaré cuatro instancias fundamentales, que entiendo subyacen en todos esos acontecimientos y que sin duda alguna definen, en cada caso, un sesgo interpretativo fundamental. Me desplazaré con libertad lírica o filosófica del pasado al presente, de la caída al trasiego, de las ruinas a la transfiguración compartida, o desde ésta a las ruinas que amenazan otra vez el espacio romano, sin detenerme en el recuento de lo mostrenco, atenido sólo a la trágica divisa virgiliana: *una salus victis, nullam sperare salutem* [6]. Denomino esas cuatro instancias:

1) Hegemonía griega e Imperium Romano;
2) Dignatio Caesaris;
3) Conciencia de la misión imperial en Constantino;
4) Romanidad y germanidad en el destino de Occidente.

Con el cuarto tema retomamos impensadamente al motivo inicial de nuestras reflexiones, es decir, al año 476 v la decisión del germano Odoacro. Aclaro que sigo en algunos aspectos fundamentales la línea interpretativa de Johannes Straub y su invalorable obra *Regeneratio Imperii*, modelo de saber histórico y profundidad filosófico-teológica [7].

Por último reseñaré en una breve conclusión 1o que podría considerarse mi tesis personal en estas difíciles cuestiones, o para ser más modesto el sesgo que le imprimo al complejo material que subyace en esta reconstrucción. Seré desde luego siempre breve y siempre alusivo.

La *hegemonía* helénica es parte de la existencia estética de los griegos, y representa el intento de un ritmo en busca de una organicidad que no limite la dimensión de la polis, ni el margen expresivo del griego, ni el sentimiento del mundo o del Cosmos que vale como término siempre mayor. Cuando los griegos son políticos como Solón o Pericles, lo son por extensión poética o filosófica, pero no por un principio totalizador que incluya, en absoluta organicidad, el contorno empírico de los hombres. En Grecia no hay casta sacerdotal, no hay casta militar, no hay casta política. Hay hombres regidos por la armonía del mundo, que transfiere sus virtudes cósmicas y define una zona transpersonal viviente y salvífica.

Pensar en una *hegemonía* griega que dé por resultado un término mayor, un imperio, sería como pensar en un verso, es decir en un ritmo, en un ámbito más denso y más rico que el hexámetro. Pero como todos los ritmos griegos salen del hexámetro, el decurso histórico-rítmico está contenido en éste, y sería imposible una época griega que definiera un troquel lingüístico-métrico más vasto, más simple que el hexámetro. Como la luz en el orden cósmico es el principio irrecusable de toda organicidad, y no hay por tanto ningún principio superior a la luz, así es el hexámetro luz del cosmos espiritual de los griegos. Así *hegemonía*, como dato constitutivo existencial del *nous* humano, no requiere la extensión fáctica del imperio. Ella es el ámbito incluyente y perfecto.

Hegemonía es además un término que lingüísticamente considerado representa la condición intrínseca de la existencia humano-divina, o cósmico-humana, abierta a un orden constructivo que culmina en el vínculo de Zeus y la Sabiduría, según Hesíodo. Como los términos *euthymía* y *symmetría*, usados por Demócrito, y muchos otros de formación semejante en la lengua griega, *hegemonía* es una condición de la existencia, una categoría de los entes manifestados en el ser manifestante, y por tanto independiente

[6] Una sola salvación para los vencidos, no esperar ninguna salvación.

[7] J. Straub, *Regeneratio Imperii.* Darmstadt. Wiss. Buchgesellschaft 1972, VIII 496 S. (1938-1970). Cf. *Gnomon,* 47, Oktober 1975. Heft 7, pp. 671 y ss.

de toda condición histórica. Como todo lo griego incardina en el nivel del ser, y abre una perspectiva del ser.

Imperium en cambio denota un vínculo sacro teándrico, por donde lo divino se hace presente en la historia, la rige y corrige según un designio universal, y por donde lo humano se abre a la expectativa de lo divino, lo expresa en la fundación de la ciudad, como dice Cicerón; y precisamente es Cicerón quien en el *de re publica* concilia la antigua y arcaica terminología política de la Roma de los orígenes, con el rumbo completivo de la Roma de Augusto [8]. La caída del *Imperium* en el siglo V es un signo de cumplimiento, y no de caducidad; pues toda la historia universal, como lo vemos ahora, en los tiempos post-medievales se encamina por el pasaje teándrico abierto en esa caída, y por ese mismo recurso el trasiego cumple el último rasgo misterioso del Imperio Romano: fundar la comunidad de las naciones, que sean el espacio de la relevación definitiva del Espíritu.

Ahora bien, como dice Johannes Straub, de esas dos instancias es preciso inducir un sentido del presente, que se redimensiona en un tercer motivo histórico-político: *Europa der Vaterländer*, y para nosotros *América der Vaterländer*. Aquí el trasiego romano alcanza su máxima dramaticidad, en cuanto enfrenta las parodias de *Imperium*, vigentes en las superpotencias que se dividen el mundo o concentrados en la planificación sinárquica de regencia mundial. Como en el siglo V el *Imperium*, en el siglo XX *Europa* o *América der Vaterländer* confronta los principios romanos fundacionales con la vastedad dialéctica materialista, capitalista y marxista, que en los magnos conflictos de la historia contemporánea pretende dar por abolida la herencia de aquel trasiego. Una diferencia fundamental se abre sin embargo: los pueblos germánicos aportan el último dato promotor de la historia, concebida como despliegue del *Geist*, o de la interioridad constructiva. Mientras que las ideologías armadas y concentracionistas sólo definen el dato catastrófico y apocalíptico, en que el hombre por ser dueño del hombre destruye el vasto espacio de su manifestación teándrica.

He subrayado la connotación teándrica de *Imperium* frente a la *hegemonía* helénica, que explaya una categoría del ser fundante. Precisamente en aquella connotación finca el significado de la *dignatio Caesaris*, frecuentemente confundida, en los tiempos modernos, con una irrestricta concentración de poder tiránico. El racionalismo liberal del siglo XVIII y el positivismo materialista del siglo XIX no agregan nada a la concepción que sobre el poder ya tiene Lucrecio en el libro V de su poema *de rerum natura*. Salvo que Lucrecio es más profundo porque apunta a la natura del hombre, mientras que racionalistas y positivistas construyen una ideología nefasta que destruye los fundamentos empíricos del poder. En todo caso, los crueles acontecimientos contemporáneos han aventado el optimismo de Comte, expresado en su *Catecismo de Religión Positiva*, y nos encontramos ahora con la dialéctica de Marcusse y Althuser, que pueden hacer del mundo una inmensa pira, no ciertamente en homenaje piadoso a los muertos heroicos.

El *Imperium* no es una magistratura, no es una mera función político-militar, no es el resultado de la avidez y la ambición de poder egoísta, no es el desprecio por la categoría de hombres que existen como las plantas o las nubes y sobre las cuales se ejerce la instrumentación política, o como diríamos en lenguaje moderno la explotación despiadada. Sin perjuicio de que todo ello ocurra porque corresponde, como ya dije a la natura terrible del hombre, el *imperium* es un pasaje teándrico, o sea, divino-humano que en el tiempo concreto y en el marco concreto de la antigüedad prepara la materia de la historia universal y la distinción de los dos pontífices: el pontífice teándrico de la Roma teándrica por un lado; y el *pater patriae*, el *princeps rei publicae* que religue lo que expresa la fórmula venerable: *Senatus populusque romanus*. El primer pontífice religa el cielo y la tierra; el segundo religa los estamentos históricos en vista de la más alta función política, que el vocabulario latino denota en el verbo *condere*, el cual resulta un centro semántico fundamental para todo el orbe romano. La caída del *imperium*, y la anulación de la *dignatio Caesaris* para Occidente, no implica la anulación absoluta del pasaje teándrico, porque ello es totalmente imposible. Implica sí el despliegue de una nueva fase, para la cual debe morir la expresión de la antigua dignidad jerárquica y política. ¿Qué es entonces del *imperium* y de su función

[8] *De re pub.* 1. 7. 12, ed. Ziegler. *Neque enim ulla res in qua propius ad deorum numen virtus accedat humana, quam civitates aut condere novas aut conservare iam conditas.* (Pues en realidad no hay ninguna cosa en la cual la virtud humana se acerque más al numen de los dioses que el hecho de fundar ciudades nuevas o conservar las ya fundadas).

pontifical? Antes de responder esta pregunta, orientada en el sentido del trasiego, anotemos otras instancias de aquella abolición por Odoacro.

Es verdad que corno sugiere Tácito y repiten Burckhart, Ranke y muchos otros, el poder se corrompe y corrompe. Pero esto radica no en la natura del *imperium* como poder teándrico, sino en la natura de los hombres, inclinados siempre a preferir el lado cósmico-titánico, y no el lado de la justicia cósmico-divina. Por eso en la abolición del siglo V no advertimos un desenlace fatal de corrupciones y rencillas que podríamos inducir desde la muerte de Constantino. No. Se trata más bien del agotamiento empírico de una estirpe y el advenimiento promotor de otra, para cubrir una nueva instancia de la historia universal. Pero el *imperium*, en el sentido absoluto, no perime; se repliega en una sístole dramática hasta la expresión contrastante del *Sacro Imperio romano-germánico*. En cualquier caso, en la abolición parece morir otra cosa en el espacio de la romanidad: el conflicto despiadado y dramático entre paganismo y cristianismo, entre romanidad y cristiandad, entre sacralidad de las viejas funciones sacerdotales indoeuropeas y sacralidad mystérica del nuevo Culto iniciático, conflicto que podemos seguir desde Tiberio a Juliano. Pero en ese mismo espacio de la romanidad adviene la nueva articulación de romanismo, germanismo, y cristianismo, cuyos signos refulgentes serían San Benito, maestro *katexokhén* para los nuevos tiempos, y San Gregorio Magno, pontífice *katexokhén* para las sacras iniciaciones de la Europa que nace. Pero allí, en esa entraña, en el misterio de esa contradicción insalvable, perdura el *Imperium*, contra el gesto simbólico de Odoacro, y la *dignatio Caesaris*, reaparece en el marco de otros conflictos hasta el umbral de los tiempos racionalistas e impíos. De paso respondemos a la pregunta que quedó vibrando sin respuesta aparente: ¿qué es entonces del *imperium* y de su función pontifical? El pasaje teándrico trasiega en el conflicto de las estirpes, y en la figura de Carlomagno recupera el fulgor de su instancia constructiva. Una nota complementaria abriría otro giro en la reflexión recapitulatoria: América es tierra del *imperium*, no de la razón cuantitativa analítica; es por tanto espacio de la función teándrica del *imperium*, y no recuento iluminista de la sangre y de la letra. En América renuévase el *condere* arcaico de los antepasados romanos, y ábrese entonces en el misterio de la penumbra histórica, la tercera fase del *imperium* teándrico: la primera Rómulo-Augusto-Constantino; la segunda Carlomagno-Carlos V; la tercera, ¿quién la representa, podría representarla o la representará?

3

Impensadamente hemos aludido al tercer contexto temático de nuestras reflexiones: conciencia de la misión imperial en Constantino, que dilucidaré rápidamente. Subrayo aquí también el notable trabajo de Straub, publicado en el segundo volumen de *Das Neue Bild der Antike*, dirigido por Helmut Berve y que se titula *Konstantins christliches Sendungsbewusstsein* (pp. 374 y ss.). Cf. asimismo la biografía de Constantino de Lloyd B. Holsapple, *Constantino el Grande*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina 1947. Y en la *Cambridge Medieval History*, vol. I, Cap. I. *Constantine and his City*, pp. 1-23 (Gwatkin).

Es sabido que la historiografía de los siglos XIX y XX ha reavivado el tema de la conversión de Constantino, y que en los últimos años las polémicas se han complicado aún más con las tendencias anti-constantinianas en el delicado tema del vínculo entre poder espiritual y poder temporal. Hablar de constantinismo ahora es como hablar de cesarismo, cesaropapismo, en el sentido de un nivel abstracto que confunde la categoría concreta de un tiempo histórico. De todos modos, por encima de tales conflictos críticos, dos puntos merecen destacarse en lo que respecta a nuestro tema, sin entrar a dilucidar pormenores que aquí no interesan. El primero alude a la conversión de Constantino, cuyos efectos históricos no podemos relegar ni retrotraer. Para esto no necesitamos inquirir con minucia mística y teológica, cuál fue el nivel cierto de esa conversión y si hemos de aceptar o no los rasgos y pormenores que le atribuyen las fuentes antiguas. Iglesia e Imperio se articulaban después de terribles tensiones, en el marco de una conciliación que se abría a la perspectiva del “pasaje”, y una nueva sacralidad convergía con la sacralidad de Roma. Este es un dato incuestionable que cubre todas las parcelas posibles en la figura y en la misión de Constantino: el imperio no podrá desprenderse ya más de esa doble sacralidad, recurrente de un cierto modo en el sacro imperio medieval, y expectante en consecuencia en la contradictoria historia de los tiempos contemporáneos. Constantino parece intuir el sentido unificador de la

historia universal, pero preservar simultáneamente el contexto sacro del poder, como hito de una historia que verá el enfrentamiento despiadado de sacralidad y profanidad. En este sentido se comprenden las expresiones con que el *Imperator* califica su misión: *episkopos toon ektós* o *koinós epískopos*; ellas aluden sin duda al discernimiento de su configuración política universal.

El segundo dato concurrente con el primero es la convocatoria del Concilio de Nicea, obra indudable de Constantino, en medio de una Iglesia desgarrada por el arrianismo. Pero este concilio ecuménico de Nicea implica precisamente la fijación del Canon de la Fe cristiana, y la definitiva consolidación del *tertium genus* de la tradición patrística, es decir, ni judío ni gentil, o sea, ni la teología helénica de los antiguos poetas y filósofos, ni la teología hebraica y bíblica de la antigua ley. El Imperio Romano es en este aspecto, por obra de Constantino justamente, el espacio histórico de la semántica greco-cristiana, cuyo despliegue es más vasto que la historia del imperio, pero en cuya encarnación histórica la doble sacralidad del imperio, reunificada en la figura de Constantino, presupone el fundamento de la cristiandad. Cristiandad entonces es una categoría histórica irrecusable para Occidente, es función de dos nombres imperiales: Augusto que recapitula la sacralidad de los orígenes; Constantino que recapitula el espacio teándrico de la historia universal. Para esos dos nombres la caída del año 476 reabre la marcha profética de esa historia, sin anular la radicación en la sacralidad v sin impedir el trasiego que nos lleva a la segunda escala del pasaje, de modo que en ese año 476 rige sin duda la sentencia: *stat Roma, dum volvitur orbis*.

Y así alcanzamos la cuarta perspectiva en nuestras reflexiones: romanidad y germanidad en el destino de la caída; cristiandad imperial en el trasiego de las estirpes, y en fin para enlazar con los tiempos que urgen, disolución histórica de aquella herencia, reaparición de crueles poderes paganos, constreñidos a destruir las fuentes de toda sacralidad. En la hegemonía griega advertimos una categoría de la mente o del *nous* helénico, en tanto constitutivo ontológico, y por lo tanto imperecedero y eterno; en el *imperium*, la sacralidad histórica que se torna sacralidad teándrica para circunscribir el espacio de la historia universal. En la disolución de la cristiandad en cambio, en la recurrencia destructiva de los siglos contemporáneos, se preanuncia, define y consolida el reino de la profanidad, lo que quiere decir el dominio de los hombres, y la construcción de un poder tiránico planetario, que supone irremisiblemente abolida la sacralidad teándrica de todo poder. En esta perspectiva de los orígenes y del decurso total, romanidad y germanidad articulan dos dimensiones fundamentales: la concretidad de las configuraciones mundanas, lo que expresa el término latino *res*; la interioridad del peregrinaje del alma, lo que denota la palabra germánica *Geist*. Y me adelanto en las conclusiones, que podrían injerirse de más abundantes cotejos: en la caída la dimensión romana de *res* se salva en la lengua y en las instituciones; en el trasiego la dimensión germánica del *Geist* reconquista el espacio teándrico, y lo hace el tercer espacio histórico, el espacio de Europa, el espacio de las naciones, que pasan a ser modelos constructivos de la historia universal. Pero tales presunciones no podrían desde luego clarificarse en la experiencia romana del siglo V, según se advierte en los transferidos históricos y líricos del poema *de reditu suo*, cuyo autor Rutilio Claudio Namaciano, siendo galo, dirime acabadamente en favor de la *virtus* romana el espacio de la historia universal. Sin embargo ni la originaria experiencia romana cancela y excluye el sentido germánico del mundo, como dato constructivo de la historia universal, ni éste destrona la semántica mayor de la romanidad imperecedera, cuya articulación es siempre signo beatífico de conciliación entre las ruinas, cuya abolición es siempre signo apocalíptico provisorio y anticipatorio.

Así pues romanidad y germanidad en el destino de la caída no reducen sus tensiones e implicancias, desde los días de Julio César hasta el período posterior a la muerte de Teodosio, al conjunto descriptivo de hechos y personajes, reconstruidos con mayor o menor nitidez por la historiografía antigua y moderna. Pues la historia del emperador Honorio y el vándalo Estilicón, la disputa mortal que Occidente y Oriente entablan por los campos ilíricos, la fidelidad o la traición que reabren vastas conmociones religiosas y políticas en esta primera mitad del siglo V, señalan nítidamente que el orden romano perime forzosamente, agotado por un sacudimiento semántico que anula su radicación temporal, pero no anula su capacidad asuntiva y transfiguradora. En otras palabras, el horizonte de una concordia promotora entre los romanos de Honorio y los germanos de Estilicón y Alarico es absolutamente prematuro, y debía fracasar trágicamente, no por el límite mostrenco de voluntades y posiciones individuales, que no son nunca la causa profunda, intrínseca, de los grandes espacios semánticos en la historia, sino porque

Geist germánico y *res* romana debían coinsertarse después del despliegue lingüístico de ese *Geist*. La historia lingüística del latín, la historia originaria, ha alcanzado el término de su despliegue quizá en el período de Trajano. Lo que viene, su virtud originante de las lenguas romances, es otra cosa, se encuentra a otro nivel, y significa otra instancia para el trasiego romano. En cambio el *Geist* germánico presenta en el siglo V una etapa de su historia originaria, es todavía historia originaria, y por tanto de una energía manifestativa que los romanos han transcurrido hace ya varios siglos. La recognición de estos niveles lingüísticos, no meramente empíricos, sino fundacionales, el prudente *décalage* que debemos establecer en la historia originaria del griego, hasta el fin del segundo milenio; en la historia originaria del latín, en el período de la fundación de Roma, y en la historia originaria del germánico en el período de las invasiones, esa recognición es un dato decisivo para entender el horizonte dramático en la caída y trasiego del imperio. Sin esta lumbre lingüística dispondré hechos, pero no discriminaré un sentido universal en la historia. Como siempre es un poeta el que advierte la dimensión profunda de estos trasfondos no mensurables por la investigación positiva, pero postulables para la intuición lírica que aduce siempre totalidades, mayores o menores. Me refiero a Hölderlin y a su poema Germania:

Se sienten las sombras de aquellos que ya han sido,
Los antiguos, que así de nuevo pasan por la tierra.
Pues los que deben venir nos urgen,
y mucho tiempo ya no puede demorar
el sacro cortejo de los hombres divinos en el azul cielo.

Ya reverdece sí, como un preludio de tiempos más severos,
el campo preparado para ellos; está presta la ofrenda.
(...)
Cae empero desde el éter
la imagen fidelísima, de él llueven sentencias
divinas incontables,
y en lo más íntimo del bosque hay un eco.
Y el águila que viene desde el Indo
y que vuela sobre la nevada
cumbre del Parnaso, por encima de los sagrados montes
de Italia, procura una gozosa presa
para el padre, no como antaño, más diestra en el vuelo
esta águila antigua, traspone con júbilo ardoroso
los Alpes finalmente y mira las comarcas
de un país multiforme.
(...)
Y finalmente fue como un asombro vasto por el cielo,
porque una sola, grande por la fe,
cual era ella, representara
la bendición y el poder de las alturas:
(...)
    Y mirando hacia Germania,
el águila, de fuerzas juveniles,
gritó, con poderoso grito:
Tú eres la elegida, por eso te he dejado
la flor de tu lenguaje.

De cualquier modo la meditación de este siglo V nos propone la recapitulación de las fuentes germánicas y su inserción en el mundo, el contraste de las fuentes romanas y su perduración como ámbito semántico mayor según dije. Otro sentimiento del espacio y del tiempo, otra experiencia de la interioridad del alma, otro despliegue lingüístico del sentido absoluto que es el peso del mundo, en fin otra figura

del hombre en el multívoco rumbo de su *logos* sin término, y en consecuencia otras manos, otros ojos y otro oído, ingresan definitivamente en el siglo V, y cierran a lo que parece la manifestación de las estirpes, como principios espirituales-lingüísticos. La historia se acelera pues hacia su fin, y el *décalage* lingüístico empieza a transformarse para el mundo en espejo semántico anticipado de ese fin. El siglo V se nos presenta entonces como un hito importante, en un eje direccional en que semántica o historia alcanzan una cúspide promotora y definitiva.

4

Inevitablemente plantéase aunque desde otros trasfondos una cuestión famosa: las causas de la caída del Imperio. Desde Gibbon hasta los historiadores ya mencionados renuévase la indagación esclarecedora, y los sistemas que inducen de los fenómenos conclusiones generales, más o menos coherentes. Como es lógico, resulta imposible resumir aquí tal cuestión histórica, en su doble instancia: la relación de los acontecimientos en escalas variables, la reducción sistemática y crítica de una investigación abrumadora. Pero en cualquier caso afrontamos en el espacio romano de Occidente la interacción y el despliegue de romanidad, germanidad, cristiandad. Y dentro de tales contrafuertes debemos replantear, de cualquier modo, el análisis.

Puedo tomar dos escritores ingleses, separados por vastas transformaciones del saber histórico y comprobar inmediatamente un canon que no alcanza a representar la totalidad que he sugerido: me refiero a Gibbon y a Belloc, Gibbon define de modo exhaustivo la causa: el cristianismo, radicalmente incompatible con la romanidad. Belloc por su parte, al sesgo de laboriosas y complejas reconstrucciones, advenidas en los siglos XIX y XX, propone en realidad una tesis excluyente de la primera; que imperio y cristianismo convergen y se sostienen y no se puede hablar propiamente de una caída, sino de una transfiguración o trasiego: basta leer el capítulo *Qué fue la caída del Imperio Romano,* en su libro *Europa y la Fe* (Buenos Aires 1942, pp. 95-128) para advertir un giro sorprendente en la interpretación. La exageración de Gibbon proviene de su desinteligencia de la virtud fundante del Evangelio; la paradoja de Belloc se construye por una restricción de los términos históricos, según lo sugerido en mi disertación. Propongo entonces frente a ésas y otras consideraciones, una interpretación lingüística, desde el punto de vista de la historia originaria. No es el cristianismo la causa fundamental de esa caída, ni tampoco lo son, en un orden de recapitulación filosófica, las invasiones germánicas. Esos dos términos activan lo que está en la extinción del latín como fuente originaria; y en la escala explicada además irrumpe la presencia de otra fuente originaria que ocupa diríamos el mismo plano que el latín en el siglo VIII o VII a. C. Formulando de un modo sistemático y comprensivo esta cuestión subrayaríamos que la caída del Imperio y el origen de las lenguas romances se insertan en la misma causa propuesta. Contra Gibbon sostengo que aunque el cristianismo se hubiera difundido por otros rumbos, el Imperio hubiera caído por extinción del principio lingüístico. Contra Belloc sostengo que hay una real caída y muerte del Imperio, distinta del trasiego; cuya expresión más honda es el trasiego de las lenguas romances, que en esta interpretación siguen una *katábasis* histórica, una *apocalipsis* de que ha concluido para la humanidad el despliegue de principios lingüísticos fundantes. Soy consciente por cierto de innúmeras dificultades que plantea esta tesis y, para ser fiscal de mí mismo, menciono sólo dos, pero muy importantes. La primera: lo que llaman las fuentes bibliográficas “cristianismo”, es un nombre multívoco; que habría que deslindar. Sin practicar ahora este deslinde que sería largo, es evidente que la conversión de Constantino plantea la articulación del espacio romano en el espacio teándrico, según he postulado en mis propias palabras. ¿Y entonces? Pero hago observar que curiosamente esa misma instancia posee fuerza pareja para la tesis de Gibbon y para la tesis de Belloc, y se anula entonces si falta una referencia mayor. Pero de cualquier modo ¿cómo hago intervenir “cristianismo” en el contexto fundacional lingüístico?

La segunda dificultad se refiere precisamente al latín como lengua sacra de la Iglesia, que por eso se connota con el predicado “romana” o “griega” en la línea justamente de la partición del imperio. Y en este terreno la perduración de un latín medieval distinto del latín litúrgico, distinto del latín vulgar, parece contradecir nuestra exposición. Pero todo esto es aparente, sin que sea ahora el momento de una exhaustiva elucidación.

Distinguidos colegas: Hemos seguido una curva de creciente interiorización y despliegue de nuestro tema, conscientemente articulado: caída y trasiego del Imperio Romano. No sería fiel a lo que considero tarea de la filología clásica en estos tiempos difíciles, ni ahondaría en la visión que mi propio temperamento me impone, si no concluyera con una breve meditación sobre el contorno que nos urge según la temática descripta. Nosotros somos americanos, y advenimos a la historia universal como trasiego del tercer término aludido. No de la hegemonía griega, no del imperium romano, sino de la *Europa der Vaterländer*, y somos entonces América de las naciones. No advenimos tampoco en niveles de historia lingüística originaria, sino que resultamos un último y definitivo trasiego en la historia de las lenguas romances. Y en América espejando de otro modo la antigua división del imperio hay una América de la historia lingüística exterior al imperio y una América que prolonga el curso lingüístico del Imperio: es decir muerte y trasiego, lo que no quiere significar forzosamente *Tod und Verklärung*. ¿Qué somos entonces y cuál es nuestra “destinación”, nuestra *Bestimung* para decirlo con un término de Fichte?

Recapitulo mi pensamiento para terminar. En la dirección propuesta, la historia se consuma en América. Su claridad o su oscuridad humanísticas acelerarán los tiempos de katábasis o circunscribirán un último fulgor del espacio teándrico, advenido con Roma e imperecedero como Roma. Y ésta sí es una dramática cuestión de existencia vigente y vívida, que no se agota en una modesta o genial disquisición. Para interpretar el rumbo que ahora recomienza, no hay instancia más fecunda que aprender el arte del acendramiento ante las ventanas abiertas a los *inmitibus ventis* (a las crueles tempestades), y en la vorágine sobrecogedora, discernir la mansa brisa que nos lleve a las riberas que fundan, pues como dice nuestro maestro Virgilio: *in manibus terrae*. Ese aprendizaje y ese discernimiento resultan entonces el empeño más terrible y más trágico para América, contorno misterioso de un imperio abolido.

América accede al espacio de la historia universal, cuando ha concluido el ciclo constitutivo de las lenguas romances y cuando ha pasado la fase originaria y originante de las lenguas germánicas. La caída y el trasiego están ligados como hemos visto a aquel sistema de diástole y sístole, y por tanto en un cierto sentido, caída y trasiego están presentes en aquel acceso de América a esa historia definitiva. Pero además, para corroborar con un cierto vigor recapitulatorio aquellas presunciones, América no es sede de una estirpe lingüística fundadora, y en el mundo ha concluido el ciclo originario de todo lenguaje fundacional. Con esta comprobación negativa se acentúa pues el horizonte enigmático americano, afincado en el imperio lingüístico de Roma, afincado también en el último despliegue del *Geist* germánico. En el principio positivo está nuestro parentesco inescindible con Europa romano-germánica (*Europa der Vaterländer*) y somos América de las naciones en el contexto de la historia lingüística del Imperio romano. En el principio negativo, nuestra radical e insoslayable diferencia con Europa y con el ámbito histórico del Imperio, propiamente dicho. América parece tener otro destino, ser espacio para otra dimensión del espíritu, o ser en todo caso inevitablemente consumación de la Historia Universal. Así desde los días lejanos de Odoacro hasta los presentes conflictos de escala mundial, la figura del imperio, aunque histórica, tiene categoría absoluta, y su muda ceniza en las ruinas venerables parece esconder un misterio de transfiguración que nos alienta en medio de una crueldad desconocida, de una esclavitud sin precedentes, de una mentira planetaria que no tiene ley ni límite preciso. Pero el Imperio, ese Imperio vigoroso y exultante como un acueducto, sublime como un arco cósmico, cotidiano y abierto como una pétrea ruta misteriosa, ese Imperio caído, abolido, trasegado e incluso vilipendiado, ese Imperio en medio de estas trágicas contradicciones en un hoy desconsolado, es siempre un numen que salva, un cimiento que concilia, una cumbre que esplende y que corona.